

AGUILAR

◆ Puede no haber refundación del capitalismo, pero tal vez la crisis nos lleve a dar forma a una economía social viva, organizada y responsable.

Austeridad

LUIS F. AGUILAR

El nuevo presidente de Estados Unidos, quienquiera que haya sido elegido ayer, actuará en un mundo distinto al boyante de los últimos 30 años, que fue económicamente expansivo y políticamente optimista, y en un mundo que para algunos representa el ocaso de la hegemonía mundial americana, de su poderío político y de su estilo de crecimiento económico, organización social y forma de vida. Puede ser que los profetas que proliferan en estos tiempos acierten en sus pronósticos antimercado o simplemente sea una inteligencia emocional hablando de sus deseos, aun si no tiene idea de cuáles serían las consecuencias de una economía intervenida de nuevo por el Estado, es decir, (sobre)regulada, planificada, protegida y administrada por los políticos y las burocracias. Profecías aparte, nos encontramos en plena tormenta. La crisis financiera, que parece controlada en sus componentes más nocivos, muestra ya sus terribles efectos en la economía real y obliga a un trabajo coordinado entre el poder público, las empresas y las organizaciones sociales para controlar los daños más destructivos para personas, familias y sectores sociales.

Crecimiento cero y recesión son los hechos sombríos de las economías de la Zona Euro y de los países sobresalientes del G7, que tomarán asiento en la cumbre del 15 de noviembre en Washington y que probablemente tendrán la voz cantante, reunión en la que estarán también los países económicamente emergentes del G20 con los tres lugares latinoamericanos de Argentina, Brasil y México (algo que algún despistado analista español califica de "sobre representación"). Difícilmente sucederá la pomposa "refundación del capitalismo", elaborada y decretada por un puñado de presidentes, particularmente si las decisiones centrales no han sido concertadas con los actores clave de la sociedad económica global. De todos modos, el otoño del 2008 es un corte

tajante. Deja en claro que hemos llegado al final de la expansión económica y del optimismo político de las últimas décadas, a raíz de la caída del sistema comunista, y señala que se abre un periodo de problemas y restricciones, que deberán ser procesados con inteligencia y paciencia para encontrar una solución duradera, que abra un nuevo ciclo de crecimiento y entusiasmo, y no sólo respuestas de atajo para salir del aprieto.

La realidad ha cambiado drásticamente. El desplome de los fundamentos de la organización económica arrastra otras dimensiones significativas de la vida

personal y asociada, generando sufrimientos, desalientos y desesperanzas. La vida se ha angostado de golpe. El futuro que nos espera es un futuro de dificultades, limitaciones y austeridad, tanto en el terreno público como en el privado. Varias son las opciones para enfrentar el largo camino por el desierto.

La opción primera, la fácil e improductiva, es darnos la píldora y decimos una vez más que México se ubica en una situación diferente, por lo que escaparemos a la recesión y a sus males de desempleo, caída del ingreso, deterioro de las condiciones de vida y agudización de la pobreza, de modo que todos, empezando por el gobierno, seguiremos haciendo las mismas cosas y empleando los mismos instrumentos de política. La segunda, también fácil e improductiva, es la movilización permanente contra todo lo que existe, creyendo que el grito de guerra y el sermón resuelvan nuestros problemas sociales, aun si en las actuales condiciones de contracción económica la agitación puede agudizar resentimientos y conflictos y pavimentar el terreno a una división nacional regresiva. Hay una tercera opción, realista, que aborda con decisión y urgencia los problemas, particularmente los que padecerán nuestros conciudadanos económicamente vulnerables, pero que cambia el enfoque de su planteamiento,

pues asume explícitamente las restricciones de la escasez económica y la debilidad política.

Una actitud pública de austeridad, social y gubernamentalmente aceptada, compartida, me parece necesaria y productiva para estos años de prueba. La austeridad será obligada ante la austeridad de la vida real y la restricción previsible de la hacienda pública, pero representa la oportunidad para corregir nuestra tendencia a pensar que el gasto público abundante es la condición para superar carencias y satisfacer necesidades, una condición necesaria pero siempre insuficiente. No es previsible que vaya a existir la combinación de mercados deprimidos con hacienda pública rica. A menos que regresemos a la historia fatal del endeudamiento, la precariedad previsible de los recursos públicos puede ser compensada por la mayor valoración y utilización productiva de los recursos humanos que están presentes en la sociedad (en el campo, en la manufactura y los servicios, en los vecindarios...) aun si en modo desorganizado e inconexo. Se nos brinda la oportunidad para cerrar página al hecho de que la única forma practicada de organización de la sociedad haya sido la política o políticamente condicionada y dar paso en cambio a formas sociales de organización económica en varios campos.



Continúa en siguiente hoja

Fecha 05.11.2008	Sección Primera - Opinión	Página 12
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

Ojalá el retorno del activismo estatal sea la creación de incentivos para dar forma a la economía social –la aparición de coherentes y duraderas organizaciones sociales productivas, comerciales, financieras, tecnológicas– más que para intervenir en los mercados. Aparecería un Estado social diferente, menos asistencial y asegurador, pero más facilitador de la organización, productividad y riqueza social. Un Estado que impulse la consolidación de la economía social puede acortar los males de la recesión pero sobre todo pondría el cimiento de un nuevo desarrollo estructurado por la capacidad social.